

CHEJOV, ARTISTA DEL ALMA

Nuria Amat

Al principio, escribir no me parecía motivo suficiente si no conseguía para mí la inteligencia de Borges, la sensibilidad de Kafka, el talento iluminado de Beckett, la lúcida locura de Virginia Woolf y la voz libre e implacable de Juan Goytisolo. Todas esas cosas buscaba en la escritura. Pero la literatura no es armario de reliquias ni pócima milagrosa que uno se echa sobre la cabeza a modo de paraguas mágico. Los padres literarios son fantasmas de la memoria lo que no impide que en más de un momento quisiéramos heredar sus genes, disfrutar de su protección y mantenernos no demasiado lejos de su cuidado. Por otro lado, como dice Auden: “No está demasiado claro que la poesía que más ayudó al desarrollo de Shakespeare haya sido la mejor de todas las que conoció”.

Un escritor, cuando es auténtico, se pasa media vida tratando de imitar el estilo de los grandes autores. De aquellos autores que él consideraba sus preferidos. Pero los buenos escritores nunca son demasiado buenos para la copia. En realidad, los grandes estilos literarios no admiten seguidores. Con objeto de escapar a determinadas influencias estilísticas, Marcel Proust, otra voz inimitable, inventó una escritura pastiche con la que consiguió crear su hermoso e inmejorable estilo. Al final, toda escritura consiste en la invención de un idioma personal, una mirada propia. No siempre se consigue esa voz que anuncia la llegada de una nueva literatura en el mundo. Pero la obligación del escritor es intentar dar con ella a costa de lo que sea. Y uno de los caminos, vamos por fin a revelarlo, consiste en leer con lupa y ánimo de contagio aquellos escritores cuyos textos no lucen como piezas maestras únicas y seculares y que, sin embargo, son escritores inmensos. Aunque su grandeza literaria no deslumbró a primera vista porque su obra está impregnada por la enorme fuerza de su mirada. Son descubridores de almas más que de frases y palabras.

Por eso sin poder asegurar si Anton Chéjov cambió mi vida de escritora si sé o quisiera creer que su mirada está en mi literatura. Chéjov decía que había que intentar decir las cosas como no las ha dicho nunca nadie. Esta frase aparentemente sencilla resume, a mi modo de ver, la razón de ser de la literatura. El sentido de esta frase, como todo en Chéjov, es muy serio y muy profundo. James Joyce, por ejemplo, intentó y probablemente consiguió maniobrar y jugar con las palabras como nadie las había escrito nunca. Joyce inventó su idioma. A costa de darle vueltas a la lengua reconstruyó un lenguaje. Pero el sentido de esta frase de Chéjov va más allá de una posible preocupación artística o estilística de la literatura. Porque Chéjov, precisamente, no fue un inventor verbal. Su léxico era

elemental y casi rudimentario. Utilizaba los adjetivos precisos y siempre los menos artificiosos. Huía de cualquier tipo de pomposidad verbal. Su técnica de escritura es inmensamente simple. Como dice Nabokov: “su estilo literario acude a las fiestas en traje de diario”. Pues la grandeza de Chéjov se encuentra en la mirada. Este tono, verdad o sugerencia que se encuentra bajo la piel de la palabra. Pocos son los escritores capaces de conseguir en sus libros esta doblez del pensamiento, transmitir con lo más simple la esencia de la vida. Se dice de Chejov que era un perfecto artista, un artista de verdad como pudo serlo Kafka. Porque Chéjov, lejos de ser un artífice del lenguaje, fue un artista del alma.

¿Cómo explicar una escritura que huye precisamente de explicar las cosas? El estilo Chéjov no existe, quiero decir: no se ve a simple vista. No se toca, se palpa. Ni expone ni declara: sugiere. Y, con todo, este es el escritor que ha sabido captar como pocos lo esencial del arte literario universal. Pocas veces un escritor ha tenido tantos seguidores, tímidos y secretos seguidores. Escritoras, en su mayoría: Mansfield, Rodoreda, Rhys, Duras. Autoras que describen el sentido de la vida a través de los silencios de sus frases y las sombras de sus dudas. Nadie como Chéjov ha sabido retratar la inexistencia humana. Hombres y mujeres inútiles para la vida, buenos pero incapaces de ofrecer su bondad, generosos y negados para cualquier tipo de poder, amantes de la belleza pero ineficaces para sacar provecho de ella, desgraciados en el amor y resignados a ello. Pero como dice Chéjov: bendito el país que puede producir ese tipo de hombre. Bendito el hombre capaz de producir este tipo de literatura.